

C

CULTURA

Immaculée Ilibagiza (Ruanda, 1972) “El perdón es lo único que tengo para ofrecer”

Han pasado casi treinta años desde la terrible matanza en Ruanda en 1994 entre hutus y tutsis. El testimonio personal de Immaculée Ilibagiza, ahora ciudadana estadounidense y conocida escritora, sigue sobrecogiendo el corazón. Encontró a Dios en aquellos terribles días: “La firme y nueva relación que comencé a mantener con Dios me ayudó a sobrellevar el dolor”.

—TEXTO **Graciela Jatib y Jaime Nubiola**

Ruanda, la “tierra de la eterna primavera” según fue bautizada por colonos alemanes ante su imponente belleza, es también el país más pequeño de África (solo 26.000 km², esto es, la mitad de la región española de Aragón), pero densamente poblado (casi 13 millones de habitantes). Ha sido uno de los países más pobres del mundo, pero en las dos últimas décadas está viviendo un notable desarrollo. “Para muchos extranjeros”, —escribió Robin Meyerhoff en *Forbes* (junio 2016)— “el país todavía está asociado con la guerra civil que ocurrió en 1994. Pero Ruanda ha hecho un trabajo ejemplar dejando atrás su pasado y comprometándose con la democracia, la justicia, la reconciliación y el desarrollo”.

Lo más impactante de esta tragedia en la que los hutus fueron sobre sus hermanos tutsis —con quienes habían compartido su vida— para aniquilarlos, es comprobar que en medio de tanta adversidad alguien puede encontrar a Dios y perdonar: “El perdón es lo único que tengo para ofrecer”, expresa Immaculée Ilibagiza en el prólogo de su fascinante libro *Sobrevivir para contarlo* (Logos, Argentina, 2011; Sabai, Barcelona, 2010), traducido ya a más de doce idiomas.

Una década después, Immaculée —de fa-



Immaculée Ilibagiza en su pueblo natal, en Ruanda. ©Facebook

milia tutsi— pudo visitar la casa del pastor hutu Murinzi, y entrar en el lugar en el que se habían ocultado ella y otras siete mujeres. Se preguntaba cómo habían logrado sobrevivir en un espacio tan pequeño, en el que tuvieron que permanecer calladas e inmóviles, escuchando las rondas de los asesinos que acechaban, en condiciones lamentables de higiene y con la poca comida que podía pasarles el pastor por temor a ser descubierto.

“No se puede rezar demasiado”

En el primer capítulo de este libro, Immaculée describe una escena familiar que quizá permite comprender de dónde extrajo la fuerza para lo que le tocaría vivir. Ya están todos en cama, dispuestos a dormir, han cenado y rezado, cuando el padre llega cansado a la noche, pero con ganas de compartir un rato con sus hijos; entonces los hace levantar para tener un momento de charla y oración. La madre, también agotada de la jornada, alega que tienen que ir a la escuela temprano al día siguiente y que ya han rezado. A lo que el padre responde: “Uno jamás puede orar de-

masiado... ¿verdad, Immaculée?”. A esta expresión, convertida en plegaria dentro de su relato, añade la siguiente reflexión sobre su padre: “Lo idolatraba y me sentía encantada de que me hiciera una pregunta tan importante” (p. 10). El refugio de su alma en sus días de encerramiento será la oración constante e intensa.

Immaculée Ilibagiza era una destacada estudiante de 22 años, que había conseguido una beca para cursar Ingeniería Mecánica en la Universidad Nacional de Ruanda. Una noche de las vacaciones de Pascua de 1994, se refugió en la casa del pastor Murinzi, pues un escuadrón asesino de hutus se dirigía a la aldea para terminar con la vida de hombres, mujeres y niños. Immaculée permaneció allí oculta 91 días en un baño minúsculo, disimulado detrás de una estantería, junto con otras siete mujeres, mientras el genocidio arrasaba su aldea y todo el país, cobrándose la vida de un millón de ruandeses.

¿Cómo comprender el odio?

Explica la autora que los hutus y los tutsis se habían casado durante siglos entre sí y sus genes se habían entremezclado; hablábamos el mismo idioma, *Kinyaruanda*, y compartíamos la misma historia. Vivíamos en los mismos pueblos, en las mismas calles y, a menudo, en las mismas casas. Teníamos la misma cultura: cantábamos las mismas canciones, cultivábamos las mismas tierras, asistíamos a las mismas iglesias y adorábamos al mismo Dios. ¿Cómo comprender los terribles caminos del odio y los siniestros designios del poder? El genocidio de Ruanda fue un intento de exterminio de la población tutsi por parte del gobierno hegemónico hutu entre abril y julio de 1994: se calcula que fueron asesinados el 70 % de los tutsis.

La historia comienza en la pequeña aldea de Mataba, en una familia con padres que trabajaban como educadores y eran fervientes católicos, que habían logrado un mínimo de bienestar gracias al esfuerzo y al estudio, dictando clases, cosechando frijoles, banano y



café, en una porción de tierra heredada de los abuelos; una casa considerada lujosa en la aldea (aunque “no así para los parámetros occidentales de lujo”, recuerda en su libro), en la orilla del lago Kivu donde solían tener sus jornadas de diversión y de interminables juegos. Una aldea pobre en la que los niños caminaban trece kilómetros entre ir y venir a la escuela, en condiciones de alimentación deficiente como en tantos otros lugares de África y del mundo. El padre tenía fama de educado, sabio y justo, así como su madre, a quien llamaban “maestra”, por su solidaridad para con todos. El odio fue terrible y no hizo distinción de personas; vieron arder la casa que habían levantado con sus manos e Immaculée perdió a sus padres y a dos hermanos.

Cuando tres meses después las ocho mujeres pudieron salir de la casa del pastor, fueron acogidas en un campamento del ejército francés. La reflexión de Immaculée, ya liberada de su encerramiento, sirve para cerrar estas líneas: “Retomé mi mirada hacia el camino, recordé que ese camino me había llevado hacia todos los lugares que amaba y recorrí mi vida, la vida que ya se había ido. Cerré mis ojos, pensé cómo mis hermanos y yo siempre lo seguíamos dondequiera que fuéramos; y le dije a Dios que ahora le tocaba a Él indicarme el nuevo camino hacia una nueva existencia” (p. 155). ■

Perfil biográfico

Immaculée Ilibagiza, nacida en 1972, estudió ingeniería en la Universidad Nacional de Ruanda. Casi toda su familia fue asesinada durante los sucesos de abril de 1994, mientras ella había ido de vacaciones a visitarlos. Fue acogida en el orfanato de la Madre Teresa en Kigali y en 1998 se incorporó a trabajar en las Naciones Unidas en Nueva York. Está casada y tiene dos hijos. Ha escrito con el periodista Steven Erwin los libros *Sobrevivir para contarlo* (2006) y *Mi viaje hacia el perdón* (2008). Ha publicado libros de oración y es una reconocida conferenciante: www.immaculee.com

Para seguir leyendo



Sobrevivir para contarlo
Immaculée Ilibagiza
y Steve Erwin
282 páginas
(con DVD)
Sabai, 2010



Mi viaje hacia el perdón
Immaculée Ilibagiza
y Steve Erwin
269 págs.
Palabra, 2014



Yo te perdono
Immaculée Ilibagiza
Youtube: 8:30 minutos.
Video en YouTube:

